

# LAS RESIDENCIAS SECUNDARIAS

HAY que andar con cuidado a la hora de escribir sobre las cotas que en el nivel de vida van alcanzando algunos, incluso muchos. Porque también hay muchos -se ve que somos muchos para todo- quienes con derecho podrán argüir: «¿Cómo se atreve usted a hablar de los problemas del ocio si yo tengo que pluriemplearme tantas horas diarias?» «¿Y a mí qué me cuenta del coche, cuando apenas he podido ahorrar para una bicicleta?» «¿Pero qué es eso, oiga, de la sociedad de consumo?». Lo que pasa es que al glosador le interesa auscultar los acontecimientos en sus primicias. Que esta divagación sobre un lujo nuevo y en creciente, el de las segundas residencias, me la perdonen quienes viven -todavía- con el agobio de encontrar un primer techo.

Ciertamente, la segunda casa puede ser hoy el último (por ahora) peldaño de una escalera dorada que el hombre parece dispuesto a izar sin límites, y ya va quedando muy abajo aquel primer tranco que el Arcipreste de Hita asentaba en el afán de mantención y la compañía de hembra placentera. El hombre trabaja cada vez por más cosas, y ahora estamos en lo de poder acarrear cada viernes o sábado los libros a medio leer, labores femeninas, gafas de lejos, utensilios de diversión y deporte, bolsas de comida que no debe estropearse, las gafas de cerca, el moisés del niño, incluso el niño: todo desde una casa donde ha de como probarse la luz, el agua, el gas, para otra casa donde debe ponerse en marcha el gas, el agua, la luz; y el domingo o lunes todo otra vez, sólo que al revés. Y aún en ese intervalo festivo el propietario dedicará tiempo a las chapuzas, que pueden ser distracción pero a veces no tanto, con lo que se confirma la perpetua conspiración contra el descanso del hombre en los días precisamente de descanso. Así hay reaccionarios que están volviendo al domingo casero de la ciudad, con desayuno en la cama y cama hasta la una de la tarde, sobremesa en la atmósfera del café, ya más salutífera que la carretera, y al final una novena con sermón, inmejorable oportunidad sedativa supuesto que no existan más altas miras devocionales.

La elección de ese habitáculo subsidiario o apeadero para los fines de semana, viene conociendo una progresión de fases diversas. Fue en primer lugar el chalé o villa o torre, erigido según las posibilidades de cada cual, que viene a ser la manera más sedentaria y conservadora. Luego aparecieron las posibilidades deportivas de la prefabricación industrial: poseyendo el terreno, llegábase con las piezas, especie de «meccano» infantil, y se armaba una casa como quien juega. Por último, creo que la

fecha señala hacia otro blanco: las verdaderas casas agrícolas susceptibles de reparación, y conservando en ellas el máximo aroma campesino.

Para pronosticar sobre futuros rumbos que seguiremos nosotros (cuando se trata de estos usos y costumbres), suele valer lo que acontece a nuestros vecinos de Pirineos allá, madrugadores en lo de vivir bien. Una habitación auténticamente agrícola se dice en Francia una, «ferme», y ya es fácil deducir el valor diminutivo de «fermette». Decía un humorista que cualquier gran ciudad tiene un cerco de falso campo construido de «fermettes» (cuyo propietario es ginecólogo, agente de seguros o comerciante de alfombras), lo cual hace recular al verdadero campo hecho de «fermes» (cuyo propietario es un «fermier»). Pero ya no bastan las cercanías de la ciudad y hay que extenderse cada vez más por las provincias. Y las páginas más lujosas de la revistería ilustrada se ocupan de las humildísimas «maisons a retaper». Antes había que defender tales construcciones por medio de alguna asociación romántica, algo así como «Amigos de las clases paisanas», pero he aquí que de repente estas reliquias alcanzan su propia fortuna sin necesidad de filantropías. Como consagrantes oficiaron, naturalmente, escritores, pintores y famosos que de paso se lucraban de la propaganda. Ahora todo buen burgués galo quiere su casa labradora o incluso su molino a lo Daudet. Hay agencias, pero en muchos casos, según los anuncios, puede y debe entenderse uno con el notario del pueblo. Esto es lo que más me gustaría a mí si tuviera que comprar una finca, pongamos en Normandía o en Bretaña: hacerlo con un notario francés, el señor notario de la villa de X; exactamente como en una novela del siglo diecinueve. Sin embargo, lo propio de nuestro tiempo se filtra insidiosamente en los anuncios, y así cuando se habla de grandes establos puntualízase: «uno de los cuales puede convertirse en garaje»; y granero en la parte de arriba «permitiendo gran libertad de concepción interior». Más el dato indispensable del médico a pocos kilómetros. Un hígado francés es un hígado feliz, que por paradoja está siempre pensando en rebelarse.

Cuando los caserones de tu vecino veas reparar... Un novelista español que vive en la gran ciudad declaraba que se ha comprado un viejo inmueble en una aldea de Teruel, cosa de cincuenta mil pesetas, no demasiado. La noticia me ha reavivado una antigua querencia. Confieso un especial respeto por quienes poseen tierras o bienes, por modestos que sean, si además de estar inscritos en los registros pueden ser vistos con nuestros ojos y palpados con nuestras manos; no esas vaguedades, los valores bursátiles, por ejemplo, que nadie suele ver ni tocar nunca. De niño, en mi lejanía provinciana ejercía yo de amanuense desinteresado para analfabetos. Vino cierta vez una pobre gente y me dictaron una carta sobre intereses familiares: «Has de saber que la viña y la casa las hemos vendido en ochenta duros». Por aquel dinero, incluso en aquellos tiempos, tenía que ser una choza con una parra a su alrededor, pero a mí me impresionó y después pensé muchas veces que bastaría privarme de alguna alhaja

fungible, por ejemplo un reloj, una gabardina, para comprar el trozo de tierra más breve y baldío y desdeñado de mi país, con lo que nunca podría pensar eso tan trágico y español de «no tengo donde caerme muerto». Pequeñas debilidades, desde luego, que si hoy asoman es ante el augurio de que también aquí entraremos pronto en la moda de las humildes casas labradoras para la vacación. Por esto miro en torno con la esperanza de quien tiene, ¡todavía!, una posibilidad. Antes de que una cabaña con rendijas y olor a vacas equivalga a un apartamento madrileño de la «costa» Fleming, o barcelonés de Infanta Carlota.

**Antonio PEREIRA**